

***La tiranía del mérito: ¿qué ha sido del bien común?*, Michael J. Sandel. 2020. México, Penguin Random House, 364 pp**

Ezequiel Nombarasco Miragaya*

*Si mi éxito es obra mía, su fracaso debe ser culpa suya.
Esta idea es corrosiva para la comunidad,
entendida como aquello que se comparte en común.
Michael Sandel*

El principio de la meritocracia hace que sea algo deseable por todos: ¿quién no querría que los mejores, los más trabajadores y los más capacitados ocupen los principales puestos? Sin embargo, en la obra aquí reseñada, el autor plantea argumentos sobre lo nocivo que esto es en la realidad. No es un ataque a la meritocracia en sí, sino a los resultados que ha mostrado.

En “La tiranía del mérito: ¿qué ha sido del bien común?”, Michael Sandel aborda los estragos que puede causar (y ha causado) una sociedad meritocrática en sus ciudadanos. En épocas donde la desigualdad económica se ha reflejado en una marcada polarización política, los vencedores y vencidos de la meritocracia escogieron su bando en las elecciones presidenciales estadounidenses de 2016, donde pusieron de manifiesto las divisiones que se vienen ahondando desde décadas previas. Las consecuencias negativas de la meritocracia resultaron en un coctel que fue aprovechado por Donald Trump para atacar a los liberales de centroizquierda en las elecciones que fue electo como presidente de los Estados Unidos.

Trump se hizo eco en los desfavorecidos de la globalización, la tecnocracia y la meritocracia. Aquellos que quedaron en el fondo del ascenso social prometido por la esencia meritocrática de que se puede avanzar en la escala social tanto como tu talento y esfuerzo te lo permita, forjaron un resentimiento y desempoderamiento que fue acrecentando paulatinamente.

En este sentido, el libro presenta dos caras de una misma moneda: los ganadores y los perdedores de la meritocracia. Los primeros, con una soberbia sin igual, producto de un sistema que premia sus habilidades y trabajo duro y que redundaba en la noción de que todo ha sido obra suya. Entre los perdedores, la convicción de que el ascenso social está en nuestras manos los desacredita y afecta la estima social que estos tienen de sí mismos.

Sandel es un reconocido autor en el campo de la filosofía política, donde sus publicaciones en torno a la obra “Una teoría de justicia” de John Rawls lo han posicionado como referencia. Se desempeña como profesor en la Cátedra Anne T. y Robert M. Bass de Ciencias Políticas en la Universidad de Harvard, donde su curso sobre justicia es el más popular de dicha institución. En 2018 fue galardonado con el Premio Princesa de Asturias de Ciencias Sociales. En su último libro, publicado en 2020, a lo largo de siete capítulos y un texto introductorio, profundiza en cuestiones como: los ganadores y los perdedores de la

* Universidad de Guanajuato. Correo: e.nombarascomiragaya@ugto.mx

meritocracia, sus orígenes y efectos, el credencialismo, la movilidad social, y la igualdad de oportunidades.

Según el autor, gran parte de este sentimiento colectivo lo tiene la tecnocracia, que al convertir los puestos de la administración pública en trabajos muy técnicos, deja fuera a los ciudadanos de a pie que no han podido seguir una carrera universitaria. La respuesta de la élite gobernante ante esta marginación de los trabajadores fue contundente: deben mejorar sus credenciales educativas para que también puedan competir en una economía de escala global.

Esto dio paso a un credencialismo con una importancia excesiva. Al aumentar la desigualdad y la brecha entre los titulados y no titulados, los centros universitarios se convirtieron así en “la puerta de acceso a la prosperidad y el prestigio” (15) y, sobre todo, los denominados de élite, como son las instituciones educativas de la Ivy League. Al respecto, las universidades consideradas como selectivas son también las que otorgan el codiciado premio de mejores oportunidades laborales al egresar. Esto, según el autor, refuerza la desigualdad, ya que justamente las universidades selectivas son las que también cuentan con un mayor porcentaje de alumnos de renta alta.

Además, lo anterior conlleva una trampa importante: el acceso a las universidades no tiene el mismo punto de partida para todos. Desde el ingreso, y más allá de los costos elevados, los exámenes estandarizados de admisión, como el SAT, muestran que existe una marcada correlación entre las puntuaciones obtenidas y la renta de las familias de los estudiantes. Si nos enfocamos en universidades de la Ivy League, la obra proporciona la llamativa estadística de que dos tercios de sus estudiantes provienen del quintil más rico basado en la escala nacional de renta, esto gracias a las distintas ventajas que pueden tener estas familias en comparación con las familias más desfavorecidas.

El valor que se le ha dado a un título universitario profundizó la brecha de ingresos y ha dejado a los que no poseen uno en un abandono moral. Sandel expone que desde la Segunda Guerra Mundial el ingreso, sin tener una carrera universitaria, permitía llevar una vida cómoda. Hoy en día, las personas con carrera universitaria ganan en Estados Unidos un 80% más que personas con estudios máximos de graduado de secundaria, y la mediana de renta de los hombres lleva medio siglo estancada.

Las sociedades meritocráticas están acostumbradas a que las credenciales y el dinero que cobramos reflejen la contribución social, cuestión que para el autor es totalmente equívoca. En este sentido, afirma que “es erróneo suponer que el valor de mercado de un trabajo es la medida de su contribución verdadera al bien común” (254). Pero el énfasis meritocrático ha puesto los oficios o trabajos técnicos en una perspectiva muy desvalorizada. Sandel, en el último capítulo del libro, propone reconocer y valorar el trabajo, devolverle su dignidad y no ahondar en la promesa de escapar mediante un título universitario: que “aquellos que no alcancen puestos de prestigio puedan llevar vidas dignas y decentes, poniendo en práctica sus capacidades en un trabajo que goce de estima social”. Esta es la única forma de formar buenas democracias, sin generar clivajes cargados de tanto resentimiento.

De este modo, el texto, enmarcado en el ámbito de la filosofía política, propone una mirada crítica de la meritocracia en la que estamos sumergidos y una cosmovisión de cómo debemos encarar el bien común para reparar el tejido social que ha dañado el mérito. Prometer

movilidad a cambio de trabajo duro y buenas credenciales no es una respuesta a la desigualdad, y eso es porque, como argumenta el autor: “el ideal meritocrático no es un remedio contra la desigualdad, sino es más bien una justificación de esta”. La meritocracia no se propone reducir la igualdad, sino que promete la misma posibilidad de ascenso para todos, pero sin tener en cuenta que algunos ya cuentan con mucha ventaja.

Sandel llega a la conclusión de que la idea meritocrática de que nos merecemos todo lo que tenemos, nos ha dividido y desgastado como sociedad, porque los ganadores creen que todo ha sido fruto de su esfuerzo y nada deben a los menos favorecidos. La recomendación principal reside en recobrar la humildad, vencer la tiranía del mérito con una vida pública colmada de ciudadanos interesados por el bien común, tanto ganadores como perdedores de la meritocracia, compartiendo lugares comunes y, sobre todo, un proyecto común.

Para esto, hay que dismantelar la función clasificadora de las universidades, vistas como el principal medio para el ascenso social y no desmerecer los trabajos de aquellas personas que no han alcanzado puestos prestigiosos o grandes riquezas. Hay que volver reexaminar la tiranía del mérito, sobre todo en los entornos laborales y educativos.